

*La siguiente historia está basada en hechos reales ocurridos en el año 2005. Los nombres fueron cambiados y los lugares omitidos para proteger la identidad de los sobrevivientes.*

## Agosto del año 2005

Esa noche llegué a casa atormentado por la culpa e invadido completamente por el asco. Por suerte mamá se encontraba en su cuarto, en el segundo piso, y no me escuchó llegar. Creo que no fue hasta que comencé a vomitar en el excusado del baño que llamé su atención.

Todo allí en el cuarto de baño me daba vueltas. Metí dos dedos de mi mano derecha hasta el fondo de mi garganta para provocar más vómitos. Ya al cabo de cinco minutos creí haber vaciado por completo mi estómago.

—Ahmm... Andrés, ¿estás bien? —Me preguntó mamá desde el otro lado de la puerta, mientras yo me fijaba en el diminuto objeto, sólido y resplandeciente, que flotaba en medio de mis desechos.

—Sí mamá, ya estoy mejor —contesté secando las gotas de sudor frío que perlaban mi rostro—, demasiada salsa amarilla en las hamburguesas del Come-Cómics.

Con curiosidad, acerqué mi mano a lo que minutos antes había sido el contenido de mi estómago y aparté aquel objeto brillante; comprobé que se trataba de un anillo.

—Ay, hijo —suspiró mamá—. Eso pasa por comer tanta chatarra. Tarde o temprano las hamburguesas te iban a enfermar.

—Ya sé, Má —contesté mientras me preguntaba cómo pude haber sido tan estúpido de haberme tragado hasta el anillo de los dedos de Kurdo—, ya sé... —volví a decir.



**UN DIOS GUSANO.**

## Capítulo I: Sebastián Kurdo

Antes de referirme a los sucesos tempranos de aquel día en el que llegué enfermo a casa y pasar a explicar quién era Kurdo, lo mejor es comenzar por el principio, unos pocos años atrás. Mi escuela era una buena escuela, no digamos la mejor, pero claramente mantenía un buen status dentro de la pequeña ciudad donde vivía y a nivel nacional se encontraba bien posicionada. Era una escuela de lo más normal, con alumnos que acudían a clases en uniforme, aulas amplias y luminosas, estacionamiento para maestros y apoderados, gimnasio con canasta de baloncesto y toda la cosa. Las personas que podría destacar en este momento serían: el inspector, el cual no era un mal tipo, sólo que tenía la mala ocurrencia de ir con corbatas de colores tan chillones que no evitaba ser el blanco de burlas por parte de los alumnos. Los lunes siempre usaba una de color verde limón, luego intercambiaba entre una de color naranja con cuadrados y una de color violeta; también usaba una corbata de color blanco que combinaba con un traje gris. Finalmente, no sé si mis estándares de moda definitivamente no están “a la moda”, o el tipo tenía un pésimo gusto para las corbatas y punto. Camila es otra de las personas que destaco: era una chica alta, la más alta de mi clase; poseía un punto de vista a veces un tanto sádico. Varias veces estudiamos juntos para algunos exámenes y recuerdo que, en la primera ocasión, se la pasó hablándome sobre asesinatos, desapariciones y muertes extrañas. Creo que fue como su carta de presentación. Disfrutaba de esas cosas y se entretenía hablándole a los demás sobre ellas.

Por supuesto también he de referirme ineludiblemente a Ignacio. Mi buen amigo, socio y compañero de locuras... Ignacio. Pero a él lo dejare para un poco más adelante.

Pues bien, no sé cómo se les habrá dado a ustedes el paso por la secundaria, pero a mí al menos no se me dio de muy buena forma, ya que tuve mis propios problemas. Esto porque como compañero de clases tuve a Sebastián Kurdo. Kurdo era un chico robusto y bastante conflictivo que solía pelearse con alumnos de otras clases y hasta de otras escuelas. Era sabido que, al parecer, Kurdo había pasado a formar parte de una peligrosa pandilla de la ciudad llamada los “Rompecráneos”. Según lo que contaban, esta banda solía romper las cabezas de sus víctimas a mazazos y luego los enterraban.

Nunca me lo creí, y mucho menos que Kurdo podía ser parte de esa clase de pandillas. Está bien, podía ser un delincuente, pero no un asesino despiadado. Al poco tiempo empecé a cambiar de opinión respecto a esto; fue durante el inicio de una clase de matemáticas, cuando el maestro Jorge Birkner, hombre delgado, bajito y con anteojos, entró al aula y nos pidió sentarnos y poner atención. Todos hicimos caso menos el conflictivo Sebastián, quien, de manera desafiante, permaneció sentado sobre la mesa del pupitre dándole la espalda al profesor: se encontraba bravuconeando acerca de un anillo que traía puesto.

–¿Ves esto, putita? Este anillo da poderes... Estoy protegido –decía el forzado chico a otro compañero de clases.

–Señor Kurdo –le llamó la atención el maestro con una leve carraspera, pero no hubo caso pues Sebastián pareció no oírle. El profesor Birkner volvió a la carga.

–¡Sebastián!, ¡hey!

Sebastián finalmente se dio vuelta esbozando una sonrisa cínica, como si nada pasara.

–Por favor ¿puedes sentarte como corresponde? La clase ya ha comenzado. –Le señaló el maestro. Sebastián, de mala gana, comenzó a dar vuelta la silla y acomodar su pupitre, metiendo todo el boche posible.

–Esta clase es mierda –dijo una vez que se sentó de forma normal.

–Bueno, deberías cambiar tu punto de vista –respondió el profesor Birkner–. Si te interesaras más, podrías mejorar tus calificaciones y no depender del último examen para avanzar de curso.

Kurdo guardó silencio. Se limitó a mirar directo a los ojos al profesor Birkner, quien, a causa de la gruesa contextura física del chico, no evitaba sentirse un poco intimidado. Esta simple anécdota se convirtió luego en una bomba de tiempo y no tardó mucho en estallar. Una vez llegado el día del examen, Sebastián fue el primero en entregar la hoja, lo que significaba dos cosas: la primera era que había estudiado en una semana todo lo que no estudió durante el año y resolvió el examen sin problemas más rápido que todos, o bien, simplemente entregó la hoja en blanco. Tal como más o menos se sospechaba, resultó ser lo segundo, sólo que también se agregó el provocativo hecho de que en el examen iban un par de insultos dirigidos al maestro. Kurdo era un delincuente, venía de

una familia de delincuentes; a mí en lo personal eso no me molestaba en lo absoluto, pero cuando vio el resultado de su examen (el más bajo de toda la clase), no vaciló en cobrar venganza contra el profesor Birkner.

Recuerdo esa tarde como si hubiese sido ayer. Me había quedado limpiando y ordenando la sala de clases ya que, por sorteo, un alumno debía a diario quedarse a realizar esa tarea. Luego de haber terminado por fin el trabajo, sólo me faltaba tirar la basura de un bote pequeño. Llegué hasta el patio, pero me di cuenta que el contenedor enorme no se encontraba junto a los baños, por lo que seguramente se hallaría en el estacionamiento de la escuela, un lugar más bien solitario y apartado. Al llegar allí y al estar a tan sólo unos cuantos pasos del contenedor de basura, mi mirada se desvió involuntariamente hacia la izquierda. Allí, a algunos metros de distancia, se encontraba el pequeño maestro Birkner, junto a su automóvil, y con él estaba también Sebastián Kurdo junto a dos hombres ajenos a la escuela. El profesor se veía bastante nervioso y asustado, Kurdo era capaz de cualquier cosa. De pronto y sin mayor aviso, Sebastián Kurdo le propinó un violento golpe en el rostro al maestro destrozándole sus anteojos en plena cara. Las lentillas cayeron al suelo y a los pocos segundos cayó el maestro. Una vez estando en el suelo y totalmente indefenso, Kurdo y los dos matones comenzaron a darle feroces patadas y puntapiés. Entonces me di cuenta que **yo no debía estar allí**. Respiré hondo y, decidido, opté por volver a la sala de clases. Miré hacia otro lado y comencé a caminar sin siquiera ponerme a pensar en lo que estaba sucediendo para no ser detectado por Kurdo (a veces tengo la sensación de que los pensamientos llaman mucho la atención, no lo sé, es raro). Pero en fin. Nada pudo evitar que, estando ya bien avanzado en mi recorrido, un caprichoso impulso de curiosidad y morbo se apoderara de mí. Fue inevitable: lentamente giré mi cabeza hacia atrás y mi mirada se encontró con la de Kurdo. Así es, él ya me venía observando. Tan sólo me quedaban dos pasos para salir del rango de vista y perderme tras un muro, pero no, tuve que quedarme parado y sostuve la mirada de Kurdo por algunos segundos.

–¿Y ese quién es? –preguntó de pronto uno de los matones que le acompañaban, sacándome por completo de la abstracción. Aproveché ese instante para seguir caminando con toda tranquilidad hasta alcanzar el muro divisorio y, una vez que los perdí de vista, me puse a correr con todas mis fuerzas hasta la sala de clases para buscar

mis cosas. Al salir a la calle miré a todos lados. Me preocupaba que me estuvieran esperando o me fueran a seguir. Ni hablar del sentimiento culposo que me invadió una vez estando en casa. Me miraba en el espejo y repasaba lo acontecido una y otra vez. ¿Por qué no di aviso a alguien de lo que estaba sucediendo? Mucho tiempo intenté convencerme (creo que inútilmente) que, por la hora, seguramente ya en la escuela no quedaba nadie, pero quizás en la sala de Dirección...

En fin, lo hecho, hecho estaba y ahora no más quedaba sufrir las consecuencias de mi propia cobardía. Por otro lado me rondaba también una pregunta: ¿cómo sería el día de mañana? Ya no podría mirar a Kurdo directo a la cara, eso era seguro, pero ¿podría yo delatarle? Él me había visto, él sabía que yo estaba allí. Él sabía que yo lo sabía. Cualquier sanción que le dieran no iba a impedir que él –tal como con el profesor Birkner–, se fuera a vengar de mí. Aun si lo expulsaran y lo metieran a la cárcel, él podría enviar a sus amigos criminales. Medité mucho sobre esto en mi habitación, recostado a veces sobre la cama y mirando de reojo un dinosaurio verde de juguete. Allí fue cuando volví a pensar en mi amigo. “Quizás” –pensaba– “sería buena idea hablar con Ignacio”, mi alguna vez mejor amigo. No sabía qué tanto podía él ayudarme, pero yo al menos necesitaba un desahogo.

El día siguiente se tradujo en un extraño y caótico torbellino de emociones. Durante la mañana no sabía si ir o no a clases; la verdad es que no quería volver a toparme con Kurdo jamás, pero era inevitable y opté por ir de igual forma. Todo parecía desarrollarse de forma normal. Él me ignoró durante gran parte de la mañana y eso yo lo agradecí en silencio. A eso del mediodía me estaba empezando a olvidar del asunto, cuando durante la hora de descanso uno de los inspectores me llamó aparte en un rincón del patio.

–Andrés, buen día. Quiero hacerte unas preguntas. –Me dijo, mientras se cruzaba de brazos.

–Dígame, inspector.

–¿Cuándo viste por última vez al profesor Birkner, el de matemáticas?

Ahí lo supe. Supe que se trataba de algo muy serio, el tono en la voz del inspector me lo hizo ver.

–Mmm... Creo que mientras iba al baño después de limpiar el aula –balbuceé mezclando

un poco de verdad con algo de mentira. Estrategia bastante convincente en algunos casos—. Sí, creo que lo vi acá en el patio, dirigiéndose al estacionamiento, señor.

—¿Estás seguro? —insistió—. Escucha, el profesor Birkner se encuentra muy grave en el hospital. Muy, muy grave. Tal parece que lo han asaltado y permanece inconsciente. Así que toda información es útil, hasta la más mínima ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Bien, ¿recuerdas la hora exacta de cuando lo viste?

—Creo que eran como las 4 de la tarde, señor.

—¿Había algún otro alumno por ahí cerca? —preguntó.

Me puse a pensar. Delatar a Kurdo significaba delatarme a mí mismo, en cierta manera. Yo le vi dándole la tunda al maestro, yo era el principal testigo. Si llegaban a Kurdo, él no dudaría en mandar a sus amigos o familiares por mí. Su naturaleza de delincuente era peligrosa, lo mejor era esperar a que el profesor despertara de su inconsciencia y él mismo dijera quien fue el que lo atacó. ¿Para qué me iba a arriesgar tan innecesariamente?

—No, señor —respondí finalmente—. No vi a nadie más en el patio ni en los baños.

—Bueno, Andrés, si recuerdas algo me avisas. Necesitamos testigos y toda la información posible ¿bien?

—Está bien, señor.

El inspector se alejó y yo sentí que me sacaba un gran peso de encima. Ya me habían interrogado y soporté las preguntas bastante bien. Sólo faltaba que Kurdo se desentendiera completamente del asunto, tal como yo planeaba hacerlo, y listo. Ambos viviríamos tranquilos y en paz. Lamentablemente aquella ilusión duró bastante poco. Me encontraba a solas en el baño bebiendo un poco de agua y mojando mi cabello, cuando la enorme silueta de Kurdo se asomó en la entrada y lentamente caminó hacia mí.

—Así que hablaste con el inspector. —Me dijo directamente y sin rodeos.

—¿Eh? ¿Cuándo? —Pregunté de forma sorprendida. A los pocos segundos caí en cuenta que eso no iba a funcionar—. Nada... No hablamos de nada importante. —Respondí finalmente.

–¿Seguro? Porque te vi muy nervioso, casi igual de nervioso que ahora.

Se acercó un par de pasos más a mí. Fue tanto que tuve que alejarme unos centímetros hacia la orilla del lavabo.

–Más te vale que nadie sepa lo que pasó.

–¿Cuando el profesor regrese, crees que no se va a saber? –Le dije sacando apenas la voz. Realmente me encontraba asustado.

–Que se joda, ahora te estoy hablando a ti ¿entiendes? Tú no me conoces y no tienes idea de lo que te puedo hacer.

Nunca antes me había sentido tan intimidado. La mirada de Kurdo era la de un animal peligroso. Nunca había tenido esta clase de problemas ni había enfrentado a esta clase de gente. Finalmente, la enorme figura de Kurdo se alejó y se fue del baño.

Todas las esperanzas que tenía de que el asunto se diluyera por sí solo se desmoronaron. Volvieron los miedos y la angustia ¿por qué tuve que ser testigo de la paliza al profesor? Si tan sólo me hubiese tardado unos minutos más en el aula... La impotencia me embargaba. Sentía que me había metido en un tremendo lío, total y absolutamente gratis.

### ***El día de la corbata negra***

Hasta cierto punto, todo hasta ahí era relativamente tolerable. La única forma de que se complicaran más las cosas era que... Bueno, la sola idea era ya de por sí tan devastadora que evitaba imaginarla para así no tentar a la suerte. Sin embargo, a veces siento que el destino es un tren de una fuerza descomunal e imparable, y nada podemos hacer para evitar que se estrelle con nosotros. Uno lo intuye, cree verlo venir desde lejos, le damos apenas una ínfima posibilidad de que suceda y tratamos de ignorarlo, de taparlo bajo la alfombra, pero luego se estrella justo en nuestras narices y en el momento más inesperado.

Aquel momento llegó luego de la clase de ciencias. En el aula se hizo presente el inspector de la escuela con un semblante particularmente serio. Me fijé que por una

extraña razón llevaba una corbata negra. ¿Por qué? –pensé, siempre andaba con corbatas rojas, azules, hasta amarillas, mas en ese momento, al ver la corbata negra, vi venir ese tren a toda velocidad hacia mí.

–Muchachos –el inspector se dirigió a nosotros–. No es fácil para mí ahora estar aquí parado frente a ustedes. Lamentablemente tengo que darles una muy triste noticia: hace poco menos de una hora nos avisaron que el maestro Birkner, vuestro profesor de matemáticas, falleció hoy a las 7 de la mañana a causa de un colapso multisistémico.

No escuché nada más. Oía, sí, la voz del inspector parado frente a la clase, pero ya no le puse atención. Un golpe de confusión impactó mi pecho. Involuntariamente desvié la mirada hacia el pupitre de Kurdo, no quería cruzarme con su mirada, pero aun así seguí girando, hasta que por fin di con su rostro. Ahí se encontraba, impávido, con sus labios apretados y observaba al inspector sin mover un sólo músculo de su cara.

La consternación se apoderó de todos los alumnos en la sala. Cuando fueron saliendo uno por uno, algunos de ellos comenzaron a llorar en pleno pasillo.

–Estás pálido. –Me dijo de pronto Camila sacándome de mi estado taciturno.

–¿Eh?

–Estás pálido, ¿te sientes bien?

–Sí, es la noticia del profesor Birkner. No lo puedo creer...

–Lo sé –contestó mi amiga–. Es terrible. Alicia no se siente bien ¿por qué no la acompañamos a su casa? No deja de llorar.

Pero los demás chicos no podían saber que mi preocupación iba mucho más allá de la lamentable pérdida del profesor de matemáticas. Se me presentaba un dilema que poco a poco iba a cambiar el curso de mi vida.

Pasaron dos días en los cuales Sebastián se ausentó de clases dando parte de enfermo. Esos dos días fueron muy malos para mí, pues imaginaba que a la salida de la escuela me iba a encontrar a Kurdo en algún callejón, o me iba a estar esperando cerca de mi casa, pues este problema ya había adquirido proporciones realmente serias. Quizás nunca tuvo la intención de matar al profesor Birkner, pero el asunto se le había escapado de las manos, y a la hora de atar cabos sueltos, bueno, yo sólo me estremecía

al pensar en qué iba a ser de mí. El silencio a estas alturas era como un arma de doble filo, ya que podía darme el boleto a la liberación, o bien podía terminar por sepultarme. Durante la tarde del tercer día sonó el timbre del teléfono de mi casa; mamá aún no llegaba y tuve un mal presentimiento, un muy mal presentimiento. Recuerdo que tardé en contestar.

–Diga.

–Hola. –Me saludó una voz desde el otro lado.

–¿Quién habla?

–Soy yo, Sebastián.

Lentamente me fui sentando en el peldaño de la escalera. Me sentí totalmente vulnerable ¿cómo había conseguido el número de teléfono de mi casa? La sorpresa me pilló tan mal parado que me quedé mudo por varios segundos.

–Ya sabes por qué te estoy llamando. Tenemos que vernos –habló de pronto.

–No. Creo que tú y yo no tenemos ninguna razón para volver a vernos –contesté asustado.

–Yo creo que sí. Escúchame bien, pasado mañana a las cinco de la tarde te espero en el llano que hay junto al vertedero. Anda solo.

–¿Pero para qué? ¿Y cómo diablos conseguiste mi número?

–Cómo conseguí tu número no importa. Recuerda, a las cinco de la tarde. Te garantizo que si no vas, te arrepentirás por el resto de tu vida.

“Por el resto de tu vida”, esa frase todavía me sigue dando vueltas...

Durante la tarde del día siguiente, me encontraba junto a Camila ayudando a la encargada de la biblioteca de la escuela a caratular los nuevos libros que habían sido entregados. Camila, por lo general, se ofrecía de voluntaria para dicha tarea, en cambio yo estaba ahí porque el asunto con Kurdo de alguna manera me obligaba. Toda la noche pensé en ir con mi otrora mejor amigo, pero el ir a buscarle sólo por causa de este problema me pareció poco apropiado. Sin embargo, con Camila la situación cambiaba y tomaba un ángulo distinto; al menos podía contarle parte de la situación y también así desahogarme. Le conté que el problema que tenía con Kurdo era relacionado con un

dinero que éste me había prestado, y como no tenía para devolverlo, Kurdo llamó a mi casa para que nos reuniéramos solos en aquel lugar apartado. La estrategia surtió efecto.

–Creo que no debieras estar tan asustado –dijo Camila mientras apilaba unos tomos de literatura de horror–. Es sólo un problema de dinero, podrá ser todo lo delincuente que quieras, pero va a preferir que le pagues en vez de hacerte daño.

–Lo sé, pero, reunirnos en un lugar tan aislado y feo... Y me ordenó ir solo ¿comprendes?

–Quiere darte un buen susto. Es lo que yo haría –comentó Camila en tono reflexivo–. Y mírate, parece que lo está logrando.

–¿Tú no estarías asustada? –pregunté.

–Un poco, quizás, no lo sé –respondió ella fijándose en uno de los libros recién llegados. En su portada había una calavera sosteniendo una cabeza decapitada–. Quizás deberías secuestrarlo, ya sabes, encerrarlo en un sótano para darle una buena lección.

–¿A Kurdo? ¿Estás hablando de ese delincuente que mide casi un metro ochenta? ¿Quieres que yo lo secuestre? –pregunté sintiendo cómo un escalofrío recorría mi espalda.

–Bueno, podrías conseguir ayuda. Yo podría ayudarte, si quieres...

–Suenas como una pésima idea –respondí de forma tajante, y sin más, seguimos con la tarea de los libros sin volver a tocar el asunto.

La idea de Camila me hizo estremecer, aun cuando fuera absurda y desproporcionada, el tono que empleó al sugerirla me descolocó. Parecía tan seria y comprometida con llevarla a cabo que me apresuré a cerrar el tema. Sin embargo, mi dilema aún estaba ahí.

Las horas iban pasando y las iba sintiendo una por una, así que, asustado y sin saber cómo reaccionar, opté por hablar con la única persona que en el fondo de mi corazón creía que podía ayudarme; alguien a quien siempre admiré de niño. Me refiero a Ignacio, mi alguna vez mejor amigo. Para que se entienda mejor, he de remontarme brevemente a mi infancia, más específicamente a los primeros años de mi niñez. Mi madre y yo anduvimos alquilando casa constantemente, mudándonos de barrio en

barrio, hasta que un buen día llegamos al actual. La primera persona que me recibió y ofreció su amistad de niño fue Ignacio. Así fue. Ambos teníamos la misma edad y en esos años siempre me maravillé de su madurez y amplia responsabilidad para con sus amigos, aun cuando en muchos casos no lo ameritaba. Íbamos para todos lados juntos y éramos muy unidos. Él era la clase de chico que no toleraba ver a un amigo sufriendo; si ambos estábamos comiendo una paleta de helado y la mía se caía al suelo, él iba y me compraba otra. La mayor parte del tiempo libre después de la escuela la pasábamos juntos y así compartíamos muchas horas. Nos reuníamos a ver dibujos animados o películas, a oír música. A veces él me enseñaba las páginas que solía escribir con bastante frecuencia. Sí, él gustaba de escribir cosas, algunas muy raras, no me quiero detener mucho en este punto, pero eran textos extraños, y bueno, ahora que lo pienso, todo en él era medio extraño, potenciado quizás con la traumática experiencia de su secuestro. Así es, lo secuestraron, pero creo que me estoy adelantando. Esta amistad fue hermosa, hermosa pero corta. Todavía recuerdo aquel día gris en que él y sus padres se cambiaron de casa, se fueron a otra ciudad más al sur. Yo lloraba a mares escondido en el patio de mi casa cuando de pronto, con el rabillo del ojo, pude ver a mi derecha su silueta que se asomaba: se había venido a despedir.

–No llores. Nadie se va a morir.

Ignacio se acercó, sonriendo tranquilamente y sin decir una sola palabra, tan sólo me abrazó. El momento fue muy emotivo, no me salían las palabras, no sé si por la pena de ver a mi mejor amigo partir o por la vergüenza de que este me viera hecho un océano de llanto. En ese momento tomó mi mano y depositó en ella un dinosaurio de plástico; era su juguete predilecto y me lo estaba obsequiando.

–No escupe fuego ni tira rayos, pero es mi dinosaurio favorito –dijo Ignacio–, toma, ahora es tuyo.

Cogí el dinosaurio y lo sostuve entre mis manos. El obsequio de mi amigo me llenó el corazón de emoción y a la vez de tristeza.

–No quiero que te vayas –musité ahogado por la pena.

–Yo tampoco quiero irme, pero tengo que hacerlo. También me da mucha pena.

–¿Y por qué no lloras?

–Lo haré arriba del automóvil, frente a mis padres –contestó.

Un trueno en el cielo anunció la lluvia que se avecinaba aquella tarde, y fue la señal de partida para Ignacio, quien se acercó un poco más a mí y me rodeó con sus brazos en silencio, y así mismo, sin decir palabra alguna, se marchó.

De esta forma, ambos crecimos viviendo a cientos de kilómetros de distancia. Quién iba a pensar que luego, por TV, volvería a saber de él debido a una noticia angustiante. Recuerdo claramente cuando vi a sus padres con lágrimas en los ojos pidiendo ayuda a todo el mundo y rogando a los captores de su hijo que por favor lo liberaran. Así es, mi amigo había sido secuestrado. A Ignacio le tocó muy duro y difícil después que se fue del barrio. Sin embargo y luego de un buen tiempo, a través de la misma TV fuimos testigos también de su liberación, sano y salvo, mediante previo pago de rescate. Después nuevamente estuvimos sin saber nada el uno del otro durante varios años. Once años pasaron, hasta que el destino finalmente hizo que mi amigo, mi mejor amigo, regresara al barrio, exactamente a la misma casa de hace ya un tiempo. Al volver de la escuela, me enteré por medio de mi mamá que mi buen amigo Ignacio había vuelto. Fue un retorno extraño, aunque me alegré muchísimo por la noticia. Sin embargo, no sé por qué razón me complicó tanto la idea de un reencuentro. Lo primero que hice fue ir en busca de aquel dinosaurio de juguete. Permanecía tal como lo había dejado cuando mi otrora mejor amigo se había marchado: parado sobre una repisa en mi cuarto, junto a revistas y juguetes de menor importancia. Así es. Por alrededor de once años ese dinosaurio de plástico se quedó inmóvil sobre mi repisa, aguardando por su auténtico dueño. Pasados algunos días me animé a hablarle, pero fue todo tan raro. Fui a su casa una tarde en una suerte de visita sorpresa; yo me encontraba muy ansioso afuera en la puerta hasta que esta se abrió y tras ella apareció mi amigo: su rostro radiante evidenciaba que se había puesto muy contento de verme. Tras un breve intercambio de palabras amistosas y de admiración mutua ante la huella que había dejado el tiempo en nuestros cuerpos, me condujo a su habitación.

–¿Quieres una gaseosa? –preguntó mientras ponía en orden unos libros sueltos en la nutrida biblioteca de su cuarto.

–No gracias, estoy bien –respondí amablemente–, y me senté en una silla que había junto al escritorio de su computador. Fue en ese instante cuando me quedé petrificado

ante la asquerosa visión de una especie de terrario enorme infestado de gusanos grandes y gordos, que se movían de forma repugnante en un rincón de su habitación. Era una vitrina cuadrada de cristal de casi un metro y medio de largo por poco más de un metro de ancho. Su altura también casi alcanzaba el metro.

–Oh, no te alarmes, sólo son gusanos. –dijo al percatarse de mi silencio.

–Son tan grandes... –contesté invadido por un singular nerviosismo.

–Son geniales –replicó acercándose a sus “mascotas”–. Los tratamos como insectos asquerosos y repugnantes, ya sabes, como escoria, pero esta escoria es la que al final acaba comiéndose tu cerebro.

–¿Ah sí?

–Claro –contestó sonriendo– ¿crees que exista una metáfora en ello?

–¿Una metáfora? no lo sé.

–Piensa en todas tus preocupaciones –continuó, mientras se inclinaba para contemplar más de cerca a sus gusanos–. Todos tus temores, todas tus penas, tus alegrías, triunfos y fracasos. Al final... Al final ellos terminan comiéndoselo todo. A veces pienso que, si hay un dios, debe tener forma de gusano.

En ese instante sólo guardé silencio. No entendía una sola palabra de lo que él me decía.

Hubo luego un par de veces en que tuve la ocurrencia de llevar el juguete a la escuela y así sorprender a mi amigo, pero luego comencé a pensar que, dado el paso del tiempo y múltiples factores, a lo mejor ya no éramos tan amigos. En ocasiones, insistí en querer acercarme a él, sin embargo, solía estar siempre rodeado de otros chicos y de una chica en particular que me resultaba odiosa, por decir lo menos; tampoco volví a su casa por ese entonces, y eso que apenas nos distanciaban un par de cuerdas. Ignacio se veía tan ocupado a veces que opté mejor por ya no insistir y volver a mis propios asuntos.

Bueno, ahora la realidad era distinta y la verdad es que me sentía muy bien de volver a estar con él, aun cuando las circunstancias no fueran tan gratas, pues necesitaba hablarle sobre mi asunto con Kurdo. Por la mañana, en la escuela, tuve que enviarle mi recado con una compañera de su clase, ya que, debido a un examen, no podía salir al patio en la hora de descanso. Como respuesta me mandó a decir que nos reuniéramos

por la tarde en un local de comida llamado **Come-Cómics**.

–Mmm, disculpa. –Le dije a la chica rascándome la cabeza–. ¿Dónde queda eso? No lo conozco.

–¿Es broma? –comentó la niña mirándome por encima de sus anteojos–. Está tras el centro comercial. Es el lugar favorito de los nerds.

Pues bien, finalmente llegó la tarde y yo acudí al lugar de la cita. Se trataba de un restaurant temático que yo no tenía idea que existía. Su esencia eran los personajes de cómics e historietas. Al entrar me recibió una chica tras un mostrador.

–Hola, bienvenido. ¿Héroe o villano?

–¿Eh?, ¿cómo dice? –respondí sin entender.

–¿Héroe o villano? –preguntó dejando suspendida su sonrisa fingida.

Miré a mi izquierda, y a la entrada de un enorme comedor se encontraba *Flash*... Así es, el superhéroe, bueno, más bien un actor disfrazado de *Flash*.

–Vamos, muchacho, ven de nuestro lado. Eres de los nuestros. –Me dijo interesado en que fuera con él. Iba a avanzar un paso, cuando a mi derecha veo que hay otro actor en la entrada de otro comedor; esta vez se trataba de *Magneto*, el villano de los cómics de los *Hombres X*.

–¡No te equivoques! Vamos, ven conmigo. Acá la comida es mucho mejor. –Me llamaba con el mismo entusiasmo que el otro actor.

–Oh, ya entiendo. –Le dije a la anfitriona del mostrador–, debo elegir el comedor. Pues mira, he quedado con un amigo y la verdad no sé en cuál de los dos puede estar. De hecho no me dijo a cuál debía ir.

–¿Y en cuál crees que puede estar? –preguntó.

Ahí me puse a pensar. Ignacio siempre fue mi protector. De niño lo admiraba mucho. Siempre fue bueno conmigo y su sonrisa, sus ojos, su cabello... Todo parecía componer en él un cuadro heroico. Sí, sin duda estaba con los héroes. Dirigía mis pasos hacia *Flash*, cuando de pronto a mis espaldas, más específicamente desde la baranda del segundo piso del comedor de los villanos, escuché que me llamaban por mi nombre.

–¡Andrés!, ¡hey, aquí estoy! –llamó mi amigo desde arriba–. ¡Ven, sube!

Sonriendo, fui entonces hacia el comedor de los villanos mientras escuchaba cómo *Magneto* se burlaba de un cabizbajo *Flash*.

Finalmente, me reuní con mi buen amigo. Todo perfecto, salvo que él estaba acompañado de su novia, Alejandra. No la soportaba. Desde su llegada al barrio y a la escuela, mi amigo no era el mismo, y yo estaba seguro que eso en gran parte se debía a ella.

–¡Mírate que grande estás! –exclamó Ignacio una vez estuve sentado junto a ellos–. Jeje, hasta que te cansaste de esquivarme.

–¿Esquivarte? ¡Jamás! ¿Por qué dices eso? –Le pregunté, pero en ese preciso instante nos interrumpió el mesero.

–Chicos ¿qué se van a servir? –Nos preguntó un sujeto con disfraz de duende.

–Tres hamburguesas especiales –contestó Ignacio decidido–. Ah, y por favor ¿nos puede traer un pote de salsa amarilla?

–Cómo no –respondió el muchacho y se alejó de nuestra mesa. Yo no pude contener la curiosidad.

–¿Quién acaba de tomar nuestro pedido? –pregunté en voz baja.

–El Duende Verde... es de Spiderman. No lees muchos cómics, ¿verdad? –Me dijo mi amigo.

–No, la verdad no. Me costó reconocer a Magneto y a Flash en la entrada, pero qué diablos, este lugar es genial de todas formas.

–Es bueno volver a verte, Andy. Esperaba el momento en que te acercaras a charlar. Por un momento creí que habías olvidado nuestra amistad. –Me dijo de pronto Ignacio sincerándose.

–No, nada de eso. Es sólo que... Bueno, no encontraba el momento. –Me excusé mientras sentía como se ruborizaban mis mejillas–. Además, tú también podías acercarte, ¿no?

–Touché. –Me contestó sonriendo.

–Es que siempre te veía rodeado de tus nuevos amigos y tu novia.

–Me llamo Alejandra, apréndete mi nombre –interrumpió de pronto la insoportable chica. Yo sólo le devolví una sonrisa indulgente y nuevamente me dirigí a mi amigo.

–Pero en fin, aquí estamos –continué–. Estaba pensando también en ir a visitarte a tu casa otra vez y ver a tus padres ¿qué tal están ellos?

–Mi padre está bien –respondió Ignacio rascándose la cabeza–, pero mi madre, bueno... Ella murió.

–No puede ser –exclamé estupefacto–, me acuerdo muy bien de ella. Era tan amable y alegre. Ignacio, lo lamento, de veras lo lamento mucho. No me lo dijiste aquella vez que fui a tu casa.

–Tranqui– respondió, –fue hace mucho, ya han pasado varios años de aquello. Es curioso cómo trabaja el tiempo en estos casos. Pero bueno, háblame de ti ¿por qué esta reunión?

Allí finalmente vino mi desahogo. Le conté todo a mi amigo, absolutamente todo lo que había pasado con el asunto de Sebastián Kurdo y el profesor de matemáticas; reconozco que me asombró la frialdad con la que fue analizando los hechos que le narraba.

–No es para tanto –resolvió mi amigo tras haber escuchado mi testimonio–. Sebastián Kurdo anda asustado y eso es todo, es lo lógico. ¿Tú que le contestaste cuando te llamó?

–Yo, nada. Él me dijo que nos reuniéramos en la quebrada donde antes se encontraba el vertedero.

–Es un lugar solitario –dijo mi amigo reflexionando.

–Está lejos de todo, es tan aislado y me pidió ir solo, ¿te das cuenta?

–Es solitario, es aislado, es... ¡Es perfecto!

No entendí por qué Ignacio celebraba el hecho de que fuera un lugar tan peligroso. Él y su novia intercambiaron una sutil mirada.

–¿Perfecto? –pregunté confundido.

–Sí, estoy seguro de que sólo te quiere asustar, no creo que te quiera hacer daño. He visto a Kurdo un par de veces en la escuela y creo reconocer a primera vista cuando

alguien es peligroso, y él no lo es.

–Entonces me ayudarás ¿verdad?–pregunté finalmente.

–Claro que te ayudaré, hiciste muy bien en avisarme.

Posteriormente, acordamos que yo debía seguirle la corriente a Kurdo y acceder a la cita en ese peligroso sitio eriazo.

Llegado el día, me encontraba en casa alistándome para ir al encuentro, y mientras me miraba en el espejo del baño, pensativo por lo que podía llegar suceder en tan sólo unas horas, resolví finalmente exagerar de precavido, por tanto, cogí una bandeja de plata bastante resistente y la ubiqué bajo mis ropas a modo de escudo para que protegiera mi estómago de cualquier imprevisto...

Fin de la descarga gratuita

*Muchas gracias por descargar este extracto de Un dios gusano.*

*Puedes conocer la historia completa por tan solo*

*1 dólar.*

[Kindle Amazon Un dios gusano](#)